

Ágora

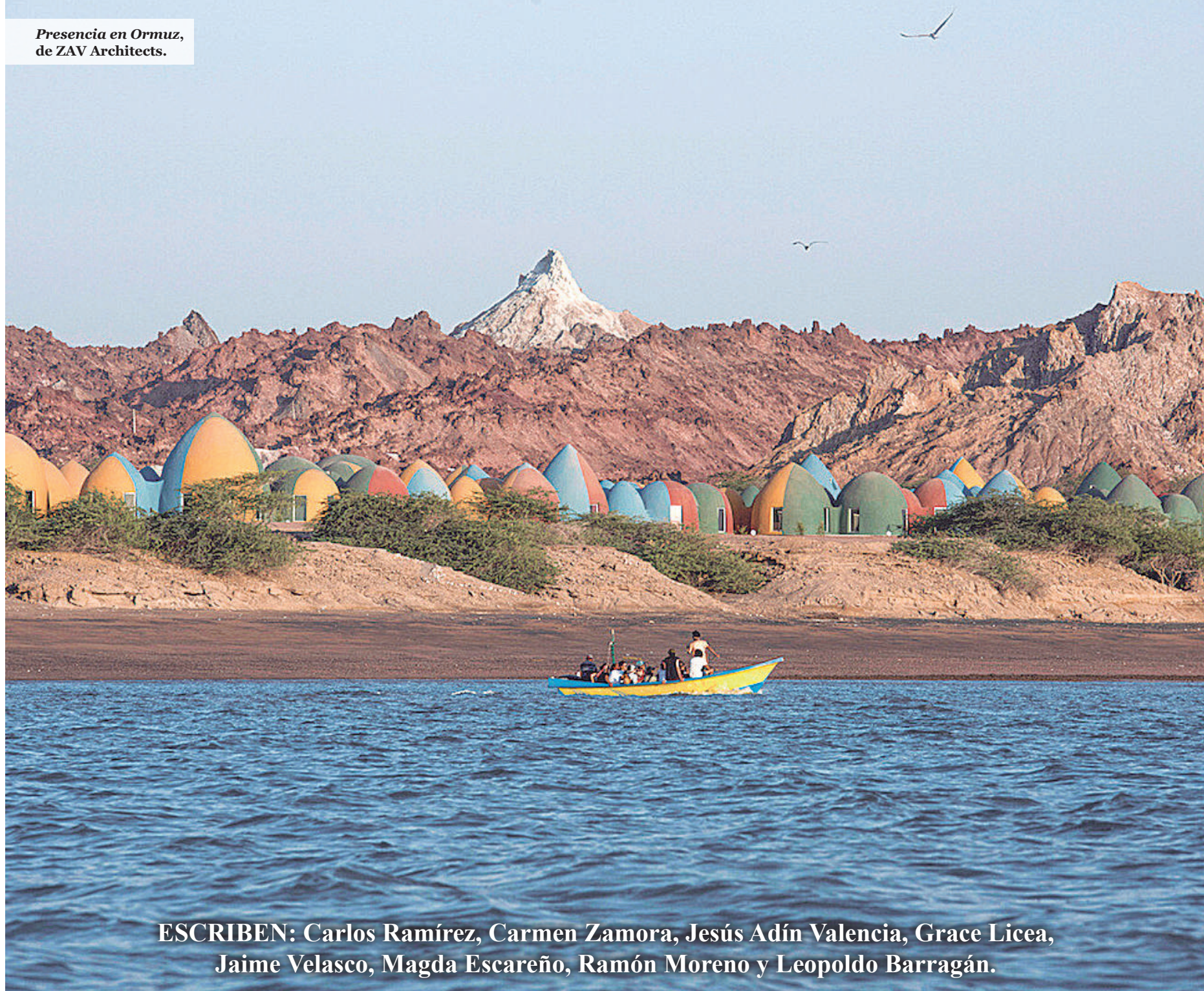
PLAZA CULTURAL DE
DIARIO DE COLIMA



2642

DOMINGO 23 DE MAYO DE 2021

*Presencia en Ormuz,
de ZAV Architects.*



ESCRIBEN: Carlos Ramírez, Carmen Zamora, Jesús Adín Valencia, Grace Licea,
Jaime Velasco, Magda Escareño, Ramón Moreno y Leopoldo Barragán.

Caja de resonancia casera

III/III

Jesús Adín Valencia*

MOLOCH

Metrópolis (Lang, 1927), sigue siendo reveladora. Los edificios de la gran ciudad desaparecen en el *fade in* de tres enormes cilindros hidráulicos, luego engranes giratorios y poleas en movimiento; un reloj a punto de dar las 12:00 anuncia la entrada y salida laboral de hombres que usan uniformes de una sola pieza y marchan autómatas.

Por Covid-19, el ausentismo laboral, en la prevención y debido a los decesos, ha parado de golpe el desarrollo económico. En todos los niveles menguó drásticamente el sector, las pérdidas se miden en miles de millones. El esfuerzo de los países por lograr el reencauzamiento empresarial e industrial traerá resultados paulatinos, se ha dado la bancarrota por doquier. Y vendrá más pronto la nueva revolución industrial, la cuarta, llamada también *Revolución Industrial 4.0*.

Buscarán cómo blindarse frente a la eventual amenaza de otra pandemia o la prolongación de esta misma, que obligue a perpetuar medidas de confinamiento. Grandes potencias en primera instancia tratarán de proteger sus intereses y permanencia en la prestación de bienes y servicios, manufactura diversa y producción en masa, factores materiales para la satisfacción de necesidades y requerimientos, acelerando procesos anunciados como el uso intensivo de drones, robots autónomos que suplan al trabajador, vehículos unipersonales terrestres y aéreos; algoritmos para todo, nuevas tecnologías para una nueva realidad. Entretanto, el ser humano cada vez más expuesto a la dependencia tecnológica, cumple una función y subsiste.

Asunto: Kraft Heinz Work Status. Fri 20/03/2020 05:15 AM

Como usted sabe, el Estado de California ha anunciado una «Orden de refugio en el lugar de emergencia». Esta orden ejecutiva considera al sector agroalimentario exento de dicho mandato. Todas las instalaciones de Kraft Heinz California se consideran esenciales a medida que fabricamos y enviamos alimentos. Nuestras operaciones de Delimex continuarán operando durante este tiempo, según lo programado. Cualquier cambio futuro se comunicará según sea necesario. Gracias por todo lo que hace para ayudar a poner comida en los hogares de los Estados Unidos. Gracias.

Asunto: Kraft Heinz Work Status. Wed 22/04/2020 11:19 PM

Estimado equipo de Kraft Heinz San Diego, su salud y seguridad sigue siendo nuestra máxima prioridad. Hoy, nos informaron que un empleado que trabaja aquí ha mostrado síntomas que podrían estar relacionados con Covid-19. El empleado está en cuarentena. Compartiremos más detalles cuando los tengamos y continuaremos comunicándonos con ustedes. Tenemos protocolos establecidos para minimizar el riesgo y nuestras limpiezas regulares de cada 4 horas lo respaldan. En este momento, la fábrica permanece abierta y operativa. Esperamos compartir esta comunicación con usted en persona mientras seguimos las reglas de distanciamiento social. Como recordatorio, si se siente enfermo, busque atención médica y quédese en casa. Gracias.

De lunes a sábado, Jesús Valencia Cruz trabaja en esa empresa como *operador B*; está a dos años de jubilarse, no quiere adelantar el trámite porque le correspondería menor cantidad económica de pensión. Pone el despertador a las 4:00 am para estar en la línea de cruce a San Diego. Al salir del trabajo le marca a mi madre a las 4:00 pm (6:00 pm Colima), para decirle que todo está bien, que no deja de usar cubrebocas, guantes de latex y careta. Vuelve a marcarle de Tijuana para decirle que ya llegó. Se baña, desinfecta la ropa, come y se acuesta a dormir a las 8:00 pm (10:00 pm). Hablamos con frecuencia, siempre las mismas preguntas y recomendaciones mutuas de *cuidate mucho*. Vivimos preocupados, con la esperanza de salir adelante. Me dice que pronto estará por acá para

llevar a mis hijos a la playa.

Mi padre llora en escenas tristes. Como si escribiera, ya no un ensayo sobre la pandemia sino un guión de cine, ahora que están cerrados, quiero agregar este breve *flashback* a: *SALA DE CINE – INT. – NOCHE*: Muy pocos lo saben, pero el tiempo se detiene cuando la sala de proyección queda vacía, están habituadas a ello. De niño acompañaba a mi padre al cine, después de la última función; hacía labores de *outsourcing* en la limpieza de un cine de Watsonville, Ca. Aquel era mi patio de recreo, renegaba de no ir, me dormía largas horas para estar despierto y acompañarlo. Había palomitas en el suelo, envolturas de M&M's y vasos contenedores, monedas en el resquicio de algunas asientos, y una gran mampara blanca. Jugaba a liberarme de la pantalla. Mi padre hacía el aseo con una gran aspiradora. Absorbía el residuo de imágenes y sonidos que salían del proyector a la pantalla, rebotaban en los ojos de la audiencia, y se quedaban en el piso. Yo veía a mi padre apiñar ecos y miles de fotogramas. *Disolvencia a negro. Fin*.

MAÑANA, Y MAÑANA, Y MAÑANA

Nadie conoce el desenlace de esta historia. Sabemos el guión por fragmentos montados en escena un día a la vez. Completamente fuera del contexto del *carpe diem*, locución latina que popularizó Robin Williams¹, reasignándole significado a la frase motivacional de *vivir cada día como si no hubiera mañana*; debe valorarse el instante; en realidad, poco se proyecta o planifica qué hacer mañana, pasado mañana, en los próximos meses, porque la incertidumbre aunada a la espera de información mediática hacen que vivamos al día, no tanto por la cuestión económica, que sucede en una inmensa parte de la población. Si no hay mañana, no puede haber felicidad. La vida estacionaria, continuada en el encierro por prevención de la salud, limita calidad de vida.

Quizá vengo a ofrecer anotaciones de un hombre aislado, sin el éxito de persuasión contundente a razonar los hechos; en mi defensa diré que esta es mi constancia honesta de recreación a través de una melodía como hilo argumentativo que aglomera otros tantos sonidos y música. Elegí Polimorphia, para mi gusto, una de las composiciones más inquietantes que existe, pero es música y sin ella, dijo Nietzsche, la vida sería un error.

Y mañana, acabado el estrépito de la pandemia, habrá espacios abiertos al público, una simple banca -no acordeonada- en el parque nos aguarda; un abrazo; la madre naturaleza entera; habrá manifestaciones artísticas revolucionadas, porque el arte alcanzará nuevos giros, habrá una visión distinta en los creadores de pupilas dilatadas en la oscuridad, abiertas al máximo a la luz exterior.

No habrá utopías: Que nadie espere un tesoro al final del arcoíris; tampoco distopías, tendría que levantarse hombre contra hombre, mujer contra mujer, en una tierra sin futuro; para llegar a ese extremo la división de la sociedad tendría que darse a mayor escala, en medio de la ignominia, el egoísmo, la indiferencia. En todo el

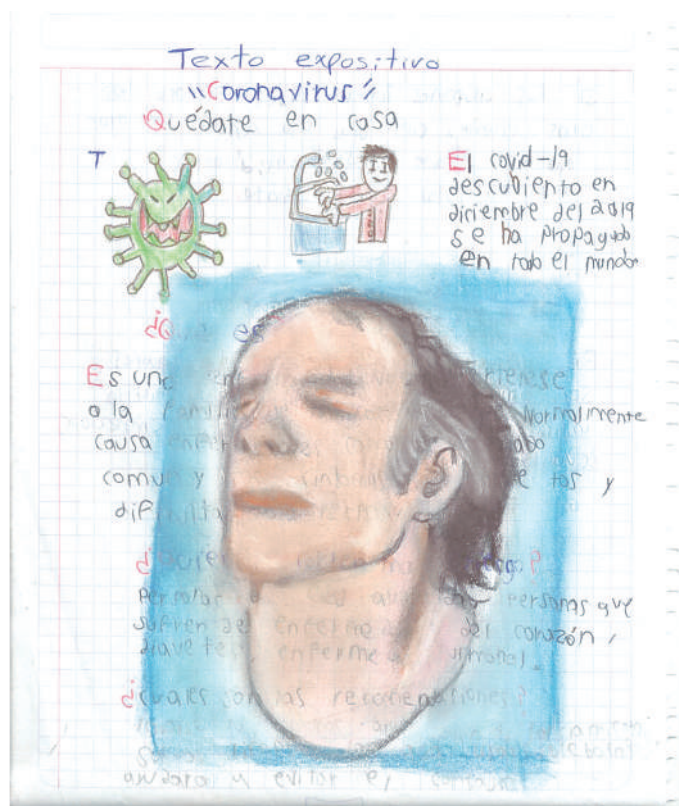
mundo, la fraternidad a costa de la propia vida, ha demostrado en ese único gesto el argumento convincente de que nuestra especie merece la salvación. El show debe continuar.

Tras el estrépito de la pandemia, nuestro año quedará para la historia como el 9/11, de Nueva York para el mundo; como el 11M de España para el mundo; el 19S -en dos ocasiones, 1995 y 2017- de México para el mundo; este 2020 nos ha dado en Covid-19, nuestro máximo numerónimo del mundo para el mundo, no de Wuhan ni de China. Mañana es 1º de junio, dará inicio la nueva fase de «normalidad» anunciada para México. Esperemos.

Domingo 31 de mayo; 11:11 p.m.
372 mil muertes en el mundo,
9 mil 930 muertes en México.

*El autor obtuvo el primer lugar por este ensayo, terminado el 31 de mayo de 2020.

1 La sociedad de los poetas muertos (Dead Poets Society, 1989).



Evidencia de pareidolia en tarea de Español IV (gises pastel), realizada por Alen Nathaniel Valencia, de 11 años.

Isla de Ormuz, la integración al espacio

Ágora

Transformar y mejorar el entorno como la vida de las personas, es uno de los objetivos de la arquitectura. A veces, más que transformación, es una vinculación con el propio espacio. Algo así sucedió en Ormuz, una isla iraní del golfo pérsico con paisajes surrealistas y colores excepcionales, mismos que se aprovecharon para convertirlo en un lugar turístico mediante el proyecto Presencia en Ormuz, ejecutado por ZAV Architects.

Tiene un puerto histórico que controla el envío de petróleo desde Oriente Medio. Pero la parte más reconocida internacionalmente es el estrecho de Ormuz, que en los últimos años ha sido escenario de tensiones entre Irán y Estados Unidos. Alrededor del 20 por ciento del petróleo del mundo y aproximadamente el 35 por ciento comercializado por mar pasa por el estrecho, por lo que es un punto estratégico muy importante para el comercio internacional.

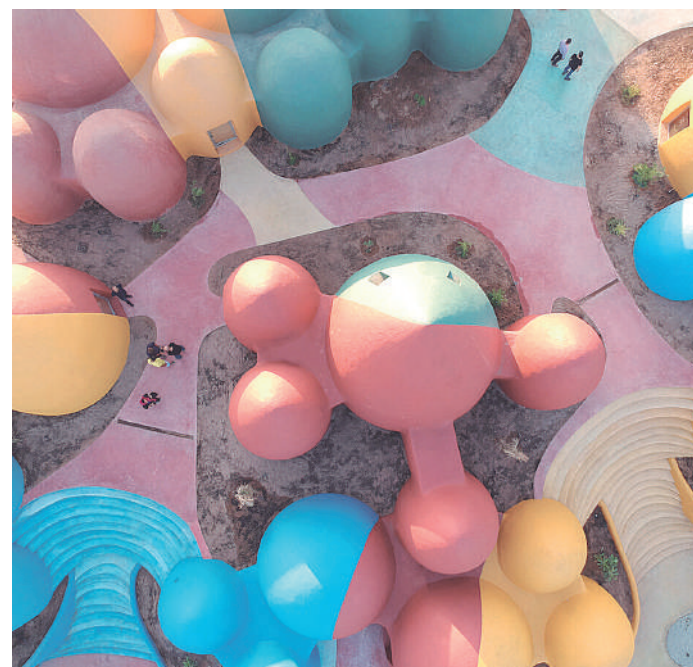
El proyecto Presencia en Ormuz consiste en un desarrollo urbano que pretende empoderar a la comunidad local y atraer visitantes para unirse a la vida de la población,

tanto cultural como económicamente. La arquitectura busca construir confianza con el fin de fomentar la participación de la población local y la inclusión de sus intereses en cualquier actividad de la isla.

El proyecto es una multitud de cúpulas a pequeña escala construidas con superadobe, una técnica sostenible desarrollada por el arquitecto iraní Nader Khalili, que consiste en apilar bolsas llenas de tierra, arena o piedra sostenidas por cables y recubiertas por tierra, cal o cemento.

Cada cúpula alberga un núcleo familiar. Su pequeña escala los hace compatibles con las capacidades de construcción de los artesanos locales y los trabajadores no cualificados, que han sido entrenados para este proyecto con construcciones anteriores más pequeñas.

Las casitas de colores se acumulan y forman la topografía del arcoíris sobre la arena de la playa con el mar de fondo, con distintas alturas y tamaños. Los arquitectos explican que en un país con mandatarios constantemente en conflictos internacionales, cada proyecto es importante y se convierte en una apuesta por la vida en comunidad.



Los primeros años de formación intelectual de Griselda Álvarez (1913-1933)

Carlos Ramírez Vuelvas y Carmen Zamora Chávez

A principios del Siglo XX, México vivía profundas paradojas sociales que provocarían la irrupción de la Revolución Mexicana, una revuelta armada dirigida a derrocar al Presidente Porfirio Díaz que había gobernado al país desde 1864 a 1910. En el Occidente de México (la delimitación geográfica que la bibliografía más usual integra a los estados de Jalisco, Michoacán, Aguascalientes, Nayarit, Querétaro, Zacatecas y Colima) también acontecieron los hechos de este periodo histórico, que ajustó el comportamiento social de las oligarquías y distanció de manera paulatina a la Iglesia del control político de las comunidades.

De este cambio social derivó la gestación de una serie de familias rancheras dominantes, ya sea por su vinculación con el poder estatal, en especial con el ejército y el control político del centro del país, o por la acumulación de su capital económico a través de la explotación de la ganadería, la agricultura y la minería, principalmente. Estas familias también se caracterizaron por su vinculación socio afectiva con sus raíces genealógicas y su vocación conservadora, evidente en el apego a las creencias religiosas que acrecentaba su dominio social en los territorios.

Esas cualidades definen a la familia Álvarez-Ponce de León, que habría consolidado su hacienda patrimonial en los estados de Jalisco, Colima, Sinaloa y Nayarit. Este matrimonio se conformó por José Miguel Álvarez Tostado y García de Alba (1811-1931), colimense, y María Dolores Guadalupe Eugenia Ponce de León y Vallarta (1890-1928), nacida en Tepic, Nayarit, quienes celebraron sus nupcias en la Ciudad de Mazatlán, Sinaloa, el 16 de mayo de 1911. Un par de años después, nació María Griselda Álvarez Ponce de León el 5 de abril de 1913, a la cuatro y quince minutos de la mañana. Vivió con su familia en el corazón del Centro Histórico de Guadalajara, Jalisco, en el número 690 de la Calle Pedro Moreno, cerca de la Avenida 16 de septiembre, una casa enorme, de tres habitaciones, con estudio y un corral de buen tamaño. Fue bautizada el 13 de abril de 1913, en la Parroquia de San José, en Guadalajara, por el padre Manuel Diéguez.

Aún cuando en 1917, la promulgación de la Constitución Política de los Estados Unidos Mexicanos parecía dar tregua al alzamiento de la Revolución Mexicana, los movimientos armados estallaban en todo el país, generando una atmósfera de anarquía apenas controlada por las oligarquías locales con acuerdos políticos ambiguos. Lo mismo sucedía en Colima, donde la familia Álvarez García, de raigambre militar, participaba con beligerancia por el control político local, tomando partido según el dominio militar del gobierno revolucionario en turno: leales a Venustiano Carranza de 1917 a 1920, a Adolfo de la Huerta en 1920, a Álvaro Obregón de 1920 a 1924... En ese contexto cambiante, Miguel Álvarez logró la gubernatura en 1919 (su periodo concluirá en 1923), y se dedicó a organizar a las fuerzas productivas del Estado, convocando a los ricos y hacendados del norte de la entidad para apaciguar a las gavillas armadas que aún asolaban el territorio estatal.

En 1920, nació Imelda Ponce de León, también en Guadalajara, Jalisco. Sin embargo, apenas unos meses después, en ese mismo año, Miguel Álvarez García y Dolores Ponce de León finiquitaron a su matrimonio. Las constantes infidelidades de Miguel Álvarez encolerizaron a Dolores Ponce, a tal grado que después de encontrar a su esposo con la actriz y cantante Blanca Villalón trató de clavarse un fístel en el pecho (Álvarez, 2007: 57). A lo lejos, la observaba expectante su hija mayor, Griselda Álvarez (Delgado, archivo

digital, 82). En despecho, Dolores Ponce de León tomó las pequeñas Imelda y Griselda, y al lado de sus padres se embarcaron en el buque Newport en el Puerto de Manzanillo, con rumbo a Figueroa Street, en Los Angeles, California, donde vivieron cuatro años (Álvarez, 2007: 58-62).

El paradigma del divorcio de sus padres, acontecido a principios del Siglo XX, fue un episodio familiar determinante en la personalidad de Griselda Álvarez, quien percibió esa marca moral con pesadumbre: “Este recuerdo tiene para mí el sabor penetrante, el zumo fuerte de lo desagradable. Algún día, muy pequeñas, sentimos en el rostro un viento fuerte: ‘No se junten con ellas; son hijas de divorciados [...]’. En realidad, no sabíamos a dónde encauzar esa resaca de sentimientos, ese mar revuelto de preguntas alrededor de una sola: ‘¿de quién sería la culpa?’.”.

Alrededor de 1925, Dolores Ponce de León y sus hijas regresaron a México, para habitar la céntrica casa de la calle de Pedro Moreno, en Guadalajara (Álvarez, 2007: 58), donde socializaron con la oligarquía jalisciense. En particular Griselda Álvarez sostuvo una profunda amistad con María Esther Zuno, hija del ex Gobernador del Estado de Jalisco, José Guadalupe Zuno (de 1923 a 1926), amigo de Miguel Álvarez García, y futura esposa del ex Presidente de la República de México, Luis Echeverría Álvarez (de 1970 a 1976) (Miguel Delgado, archivo digital, 44 y 45). Y con Alejandra Rubio Vivanco, quien contraerá matrimonio con el licenciado Ernesto Enríquez Coyro, a la postre un destacado funcionario de la Secretaría de Educación Pública, que alcanzará la Subsecretaría cuando Jaime Torres Bodet ocupó su titularidad (de 1943 a 1946 y de 1958 a 1964).

Alrededor de 1923, las pequeñas Imelda y Griselda fueron enviadas al Preconvento de la congregación salesiana Hijas de María Auxiliadora, fundado en la capital de Jalisco por sor María Zannata. “Vivimos tiempos revolucionarios y ustedes tendrán que defenderse por sí solas”, expresó con cierto laconismo, el Gobernador del Estado de Colima, Miguel Álvarez García, al despedir a sus hijas en el internado (García, 2017: 210). El Capacha ya estaba dedicado a impartir sus modos de justicia en el caos pos revolucionario de su tierra natal. Sor María Zannata, con quien

Griselda mantuvo un largo intercambio epistolar (del que todavía existen algunos testimonios en el Archivo Privado de Miguel Delgado) fue una monja salesiana que también implantó varios recintos escolares en Centroamérica.

Hijas de María Auxiliadora de Guadalajara era un “internado de monjas” atendido por la maestra María del Carmen Sousa, una actriz y cantante retirada que llegó a destacar en la escena mexicana a finales del Siglo XIX, donde Griselda Álvarez realizó estudios primarios y secundarios, de 1926 a 1933, instruida en oficios considerados femeninos: costura, bordado en blanco y en seda, a mano y a máquina; pintura, pirografía, cocina, lavado y aplanchado, además de una amplia instrucción religiosa católica. Pero el claustro acentuó en la joven poeta dos rasgos intelectuales: la crítica al dogmatismo masculino como “primer manifiesto feminista” y la ambición intelectual: “Soy ‘la primera’ desde quinto año de primaria. Es mi ambición. Mi soberbia. Pero también descubro que mis carencias afectivas, mi orfandad, mi soledad familiar, me impelen al estudio inevitable”.

Por ello, se describió a sí misma como una “niñita precoz además de chocante”: “fui



precoz, fuerte, pedante”, afirmó en otra de sus recordaciones de la infancia. Apenas comenzó a leer, a la de edad ocho años, escribió sus primeros ejercicios de enunciados ritmados a imitación de las cancioncillas que escuchaba en sus estudios primarios. Por ejemplo, cuando jugaba con los sonidos de las palabras mientras le gasta bromas a una familiar:

... sin saber todavía qué es métrica, ya se tiene ahí atisbo de ella, y eso indica que voy a tener oído para la gran métrica en donde se plasma un soneto. Tengo el acento. ‘Se pone pimienta’, seis golpes, ‘con sal y cebolla’, se pone la olla, se coce muy bien. Después se le saca, se le echa manteca y vino también, y sale el paté”.

Luego recordará las ocasiones que, de visita en la Hacienda de Chiapa, con su padre, Miguel Álvarez García, la invitaban a participar en las tertulias de los adultos. Su padre instruía que en lugar de declamar versos, se aprendiera el Acta de Independencia. Griselda Álvarez reconoció la lección como el primer acto de civismo que determinó su gusto por la política, aún cuando su padre le señaló “la política es cosa de hombres”, a lo que ella espetó: “Entonces, ¿para qué me hiciste aprender de memoria el Acta de Independencia?”.

Hacia 1927, en plena Revolución Cristera (también llamada Cristiada, de 1926 a 1929, que tuvo en el Occidente de México muchos de sus episodios más ríspidos) las autoridades eclesiales ordenaron a sus recintos religiosos que intensificaran las manifestaciones de apoyo a favor de los cristeros, quienes reaccionaban contra la Ley de Tolerancia de Cultos Religiosos promulgada por el Gobierno de la República Mexicana en el periodo presidencial de Plutarco Elías Calles (de 1924 a 1928), que impedía el dominio político y el crecimiento patrimonial de las iglesias. Griselda Álvarez recordó la Cristiada como una revolución formada “por gavillas más de bandoleros que de idealistas”, quienes “merodeaban ya muy de vez” por Colima y por Guadalajara. Otra estampa se fijó en la memoria: “Los simpatizantes de los cristeros eran descubiertos y sentenciados en juicio sumario. Casi siempre eran ahorcados y esto sucedía en la calzada Galván, hermosa avenida de frondosos árboles a orillas de la ciudad” [de Colima]. En el reconocimiento de esa estampa, guiada por la mano de su padre, Griselda Álvarez registró una idea primitiva de justicia: los ladrones y los bandoleros eran ahorcados.

El 19 de julio de 1928 murió Dolores Ponce de León de sepsis o fiebre puerperal tres días después de dar a luz a su hijo Jorge. Griselda Álvarez infundida por el sentimiento luctuoso, comenzó a escribir poemas que imitaban los ritmos de la poesía religiosa del Preconvento salesiano. Con esa misma emoción introspectiva, le comunicó a su padre la intención de continuar con su formación religiosa para vestir los hábitos de monja. Ante la respuesta negativa escribió el poema “Hablé con mi padre cara a cara...”, datado el 12 de abril de 1931, del que se conserva un testimonio en el Archivo Privado

de Miguel Delgado Álvarez. De esa época se han localizado otras composiciones, que deben corresponder a sus primeros poemas: “Pronto seré tuya...”, firmado el 20 de septiembre de 1930, “Tu voz, Señor, tu voz...”, y “Reflexiones de los santos ejercicios”, ambos datados del 19 de septiembre de 1931, además de “Amor divino...”, sin datación, pero presumiblemente de la misma época. Son piezas con versos de intencionalidad religiosa, que parecen recordar a la poesía mística aprendida en el internado.

Por esos años comenzó un intenso intercambio epistolar con su padre, Miguel Álvarez García. En el Archivo Privado de Miguel Delgado Álvarez, existe por lo menos una docena de cartas escritas por una hija amorosa con respuestas igual de cariñosas de su padre. También son perceptibles las dificultades económicas de Miguel Álvarez, que hacia finales de 1931 comenzó a pagar de manera impuntual las cuotas del colegio internado Hijas de María Auxiliadora, por lo que empezó a vender su patrimonio. En esas mismas cartas se pueden leer las palabras dolientes de Miguel Álvarez García, que comunicó a su hija el paulatino deterioro de su salud. A partir del segundo semestre de 1933, se encontraba en franca desesperación: ya había vendido las haciendas costeras de Cualata y el hotel de Cuyutlán. Algún negocio intentó concretar con el Gobierno del Estado de Colima, sin que la empresa prosperara con diligencia.

Para noviembre de 1933, envió una carta firmada en la Ciudad de México, donde era tratado por una enfermedad en los riñones. En diciembre remitió una última carta a su hija Griselda Álvarez, donde escribió, casi para despedirse, dos líneas lacónicas: “ya llevaba malo tres días, hoy ya estoy casi bien y con la esperanza de que sea la última, porque *bruja* y enfermo es cosa de volverse loco”. La uremia a finalmente le quitó la vida el 14 de diciembre de 1933 con varios reproches, según Griselda Álvarez: “no tener hijos varones. No alcancé a verlo morir. No me llevaron a su entierro. Estaba en México estudiando. Pero el pueblo llenó las calles. Y yo ya estaba ‘marcada’ por el fierro de la política”.

Huérfanas, Imelda y Griselda Álvarez fueron separadas. La primera continuó sus estudios en el internado salesiano, la segunda vivió en casa de sus tíos paternos, Manuel Álvarez y Laura Michel, quienes viajaban constantemente debido a sus labores en las Oficinas de Hacienda Pública. Con 20 años de edad, en Griselda Álvarez permanecía el resabio de una orfandad abismada. A la ausencia de la familiar nuclear con el divorcio de sus padres, devino la muerte de las figuras tutelares. La disolución del cobijo afectivo y del patrimonio legal, le dejarían ciertas lecciones de civismo y política. En el otro extremo de su formación emocional, sus ambiciones secretas, la introspección dedicada al conocimiento y la poesía asociadas al claustro religioso. Fue el molde intelectual donde forjó su trayectoria intelectual: la política y la literatura.

El primer recuerdo

Griselda Álvarez

¿Desde cuándo tenemos memoria del primer recuerdo? ¿Creen ustedes en los famosos traumas de la tierna infancia? ¿Los psicólogos pediátricos han encontrado una veta minera aún en tiempo de crisis?

Porque luego escucho que al senador Fulano le quitaron el chupón de manera brusca y precoz cuando era bebé y el psicólogo descubre que por eso se dedica ahora al “chupe” (viene de chupón) con grave deterioro del pacto federal. ¿Y que a Fulanita la separaron de manera prematura de su osito de peluche y ahora es capaz de todo, todo, para juntar y tener un abrigo de mink?

De los cuatro años de edad tengo un recuerdo terrible, el primero. Sin embargo, me considero una mujer normal, más o menos, sin ninguna pataleta porque tratan de ganarme la curul. Nunca he presentado un shock porque me enfrenté a personas que han tomado un diplomado para hablar mal de mi partido.

Sí, normal, con tendencia al pacifismo, con marcadas inclinaciones para ayudar al prójimo.

El recuerdo lo conservo claro y fino como una película que corriera lenta y claramente.

Estoy sentada en una silla de tijera color amarillo claro con unos bordados como interrogaciones de color verde. Es de grueso paño. Lo sé porque muchos años después la he de encontrar en el cuarto de los tiliches.

La silla es pequeña como yo.

Ya casi va a salir el sol. Un vaho caliente viene del jardín y se oyen trinos por dondequiera.

De repente entra mi madre a la recámara. Lleva una bata rojo oscuro, los largos hermosos, semirrubios cabellos sueltos, va descalza y camina de prisa. Se sienta frente al espejo del tocador y toma un objeto que no conozco. Después sabré que se llama estilete. Se abre la bata y se descubre los senos blanquíssimos y exuberantes. Ahora, trata de enterrarse el arma pero seguro tropieza con algo duro porque la saca y la vuelve a hundir con igual resultado.

Yo ya conozco la sangre porque varias veces mis rodillas han

sufrido descalabraduras cuando me he resbalado duramente. Pero esta sangre que veo es mucha y me da miedo. Quizá si yo gritara ya no saldría. Ella tiene los ojos cerrados pero no se ha caído de la silla.

Entra mi padre y más gente. Gritan todos y van de un lugar a otro. Son tan altos que ya no veo dónde está mi mamá. Rasco las interrogaciones verdes de mi sillita de tijera. Entonces alguien grita muy fuerte: “¡Ay, sí aquí está la niña!”.

Quizá ese mismo alguien me toma en brazos. Siento que subo por el aire mientras que se bajan las lámparas y los espejos. Estoy mucho más alta, me hacen cariños, muchos cariños y me dan azúcar. No sé por qué.

*

Mi madre era la hija menor de la familia Ponce de León y la única mujer. La habían precedido cuatro varones: Aurelio, Rafael, Juan y Guillermo. Creció consentida y llena de mimos en un hogar opulento. Nunca había tenido una pena. Hacían todos la voluntad de la menor.

A su tiempo contrajo matrimonio con mi padre. Él era un hacendado de polendas y de contradicciones. Tosco y tierno, cariñoso con mi madre y enamorado con quien podía. Sus ojos hermosos le valieron el mote de *El Moro*. También le dijeron *Capacha* por la hacienda del mismo nombre. Esa mañana de mi primer recuerdo se había levantado en la oscurana del amanecer y mi madre al no encontrarlo en la cama se había encaminado a los cuartos de servicio...

Yo, por el calor del trópico, de vez en vez me despertaba al alba y me gustaba pasarme a la recámara de mis padres, como ese día.

Años más tarde completé el rompecabezas con informes y chismes y entendí por qué mi madre había intentado suicidarse pinchando en costilla dos veces. Mala torera y guapísima señora no educada a soportar el sempiterno adulterio de los esposos.

A mí no me llegó el trauma por extraña reacción. ¡Ni modo Sigmund Freud!

Jonás hace mutis...

Jaime Velasco

A Toño Velasco (1957-2021)

Jonás detuvo su plan turístico, deseaba viajar a dos estados del sur, decidió no hacerlo para aprovechar al máximo el capital que había ahorrado en el norte.

Jonás necesitaba un auto austero, se compró un Matiz 2008, color rojo. Entonces concertó echar a andar, con sus amigas arquitectas, una remodelación de su casa de Piedras Negras. Se techó la cochera, se puso adoquín en la misma, se impermeabilizó toda la azotea, se armó un cancel y una celosía para asegurar la cochera, se remodeló el baño, y los muros interiores y exteriores gozaron de nuevas pinturas. Jonás seleccionó una veintena de carteles y diplomas para enmarcarlos, y a su vez, decorar los muros rebosantes de nuevos colores. Toda esta actividad fue intensa y tomó tres semanas. Es importante decir que la pintada corrió a cargo del propio Jonás, de algo había servido su estancia en tierras nortañas. Años atrás había

practicado pintando la casa de sus padres. Jonás salió bien librado de la faena. Y entre estos asuntos, la mala fortuna se presentó en la tierra de los espejismos.

La noticia corrió como pólvora Toño Velasco estaba grabando algunos promocionales para el Día del Niño en el Jardín Núñez, y allí mismo, su corazón detuvo toda la maquinaria que pendía de sus latidos. No había nada qué hacer. El sol bañaba intensamente la mañana. La llamada de un amigo de la secundaria puso al tanto a Jonás. Pocos días antes habían convivido una veintena de artistas en un bar de la Concordia. Toño tomó fotos del encuentro. Jonás lo notó cansado. Al igual que muchos, Toño atravesaba una crisis económica. Tenía que mudarse de casa, y en esas correrías, se apagó su luz

Los días siguen su curso. No somos los mismos, pero nos aferramos a nuestras faenas. No hay otra fórmula. Jonás continuó con las mejorías a esa casa que no era suya. Fue

entonces que se dio cuenta de que estaba por terminar su cometido: estabilizar la suerte de Jaimlet. Tres años habían pasado desde que Jaimlet recurrió en su auxilio. Y Jonás estaba dando buenos frutos. Allí estaba restaurada esa casa. Habían sido dieciocho años de sacrificios de Jaimlet para volverla propia. Y la pregunta saltaba a la vista: ¿Quién va a vivir en ella?

Jonás tenía la tarea de promover un posible libro dedicado a esa tierra llena de espejismos. El resultado se miraba precario. Los tiempos eran políticos. Todo se complicaba. La pandemia inhibía los encuentros. Salvo que quisieras tomar un trago. Los bares no tenían ninguna restricción. Allí la raza minaba sus pesares y debatía sus ilusiones. En cambio,

los teatros de la ciudad en la soledad absoluta, en el deterioro... hasta lo indecible.

El calor se instaló con todo su poder en los días de mayo, la lluvia estaba por llegar. Jonás extendió un breve correo para Jaimlet. No cabía duda, Jonás hacía mutis, cedía su

lugar. Jaimlet entró a su nueva casa. Todo era distinto. Renata, una gata de estambre, lo recibió contenta. Jaimlet caminó las habitaciones, encendió las luces, miró los cuadros, reconoció los objetos, todo encajaba a la perfección. Se preparó

un ron en las rocas, puso una canción, *What a wonderful world*, bebió un trago, entró al estudio, escogió un libro entre muchos, se sentó en la silla de madera y mimbre, allí pudo leer en silencio un poema de Juan Ramón Jiménez:

Yo no soy yo.

Soy este
que va a mi lado sin yo verlo,
que, a veces, voy a ver,
y que, a veces olvido.

El que calla, sereno, cuando hablo,
el que perdona, dulce, cuando odio,
el que pasea por donde no estoy,
el que quedará en pie cuando yo muera.



Jaimlet caminó las habitaciones. encendió las luces. miró los cuadros. reconoció los objetos. todo encajaba a la perfección. Se preparó un ron en las rocas. puso una canción. What a wonderful world. bebió un trago. entró al estudio. escogió un libro.

Embrionario

Magda Escareño

CONTRADICCIONES:

III Concurso diamantina:

Corre que corre que el tiempo se va... La fecha se agota en una grotesca avenida de papeles con sellos sin nombre. No pregunte, no, no, espere. Deshilachadas hebras, por las normas, se hacen las palabras; y en embutidos, las mismas, se hacen una masa amorfa. No pregunte, no, espere...

Pócima contra el veneno

Grace Licea

Y decía ella que amaba

pero no amaba

su cuerpo envenenado, exhalaba esporas

que hechizaban antes de hacer morir al amor.

Se moría en la ausencia, en la indiferencia,

se moría incluso en la violencia de sus palabras

en el asesinato de promesas incumplidas.

¿Pero quién no huiría ante el incesante: ámame?

Fue entonces cuando en una noche de insomnio

le sobrevino la muerte

una gran dosis de somníferos la hicieron

vivir en el letargo dos días

y al verse en el espejo era yo:

imurió el gusano, viva la mariposa!

Las mellizas

Leopoldo Barragán Maldonado

Cuentan que en La Habana vivían dos hermanas gemelas, una llamada María Mercedes, y la otra María del Carmen, ambas con buen pulso para bordar blusas y guayaberas, pero con mala suerte para hilvanar amoríos. Cuba formaba parte del imperio que Carlos V presumía como el lugar donde nunca se ocultaba el sol, y debido a su extensión, la Corona Española se jactaba de tener los astilleros del Ferrol y Cádiz, en la península ibérica, así como los de Cartagena y La Habana, en América. En el Real Astillero de La Habana, fueron construidos numerosos buques para su armada, como *El Mejicano*, y el *Santísima Trinidad*, este último portaba más de 100 cañones, y el de mayor velamen que haya surcado los mares, participe importante en la batalla de Trafalgar, que en 1805 marcó el declive de la marina española.

La Habana, por contar con un apostadero naval, era puerto de recalada para las naves que cruzaban las aguas del Atlántico, y al mismo tiempo, lugar de placidez para sus tripulaciones. Al desembarcar los marinos, siempre estaban presente las dos Marías, acudían al muelle llevando en sus brazos finos bordados, y en las manos el lazo de la coquetería para pialar a cualquier marinero libidinoso. Dicen que a las solteronas ya se les habían escapado ingleses, holandeses y franceses, pero haciendo de tripas corazón, seguían confiando en el embrujo de sus piropos; además, debido al constante roce con gente de mar, las mellizas no perdían esperanzas de que, tarde o temprano, arribaran al puerto hombres a quienes no les quedaría otra alternativa que casarse con ellas.

Consumada la Independencia de México, y habiendo expulsado a los españoles de nuestros mares, el gobierno nacional sabía que los ibéricos no se resignarían con la derrota, ni mucho menos resistirían la tentación de volver a poner sus pies en territorio mexicano; era prioritario fortalecer a la pequeña flota que había ceñido sus primeros laureles de victoria con el cerco y la rendición de la fortaleza de San Juan de Ulúa. Para reforzar a la escuadrilla mexicana, en 1824 se mandó construir el bergantín *Guerrero*, en el astillero del señor Henry Eckford, un escocés que gozaba de prestigio armando buques para diferentes marinas, como la norteamericana, la imperial otomana, e inclusive la rusa zarista, habiendo comprado la balandra *Kingsington*, que al final de cuentas fue entregada a la marina mexicana.

La ventaja del astillero Eckford era que al encontrarse en New York, contaba con vías fluviales, marítimas y terrestres, consiguiendo maderas resistentes para manufacturar mástiles, quillas, cuadernas y cubiertas. Pero los pueblos nativos del noreste, pensaban diferente, creyendo que todos los árboles poseían espíritu, y que, al ser talados para fines bélicos, caía sobre ellos una maldición; por eso, cuando los franceses pelearon contra tribus iroquesas, en la llamada Guerra de los Castores, y al tomar prisioneros a dos hermanos chamanes de la tribu mohawk, los acusaron de herejes, ahorcándolos en un roble. Los mohawks vieron que mientras los chamanes se asfixiaban, profirieron una maldición sobre sus verdugos y las maderas de aquellos árboles. Así lo dijeron aquel funesto día y así sucedió después.

En New York, Eckford tuvo conocimiento de la blasfemia, y queriendo evitar la venganza de los chamanes, honró su memoria, apresurando la construcción de una fragata que fue bautizada con el nombre de *Mohawk*, la cual luchó en los Grandes Lagos, durante la guerra de 1812; pero sus arquitectos y carpinteros, ignorando la leyenda, trabajaban duro en el bergantín mexicano, cortando y ensamblando el bauprés, los palos trinquete y mayor, las perchas y los masteleros, con las maderas del árbol maldito donde muchos años atrás murieron ahorcados los chamanes. Sería cosa de la fatalidad, pero dicen que hasta el casco del bergantín fue pintado de negro, montándole 22 de cañones. El capitán David Henry Porter tomó el mando del *Guerrero*, integró una tripulación de 60 marinos entre norteamericanos, ingleses, suecos e irlandeses, conduciendo el buque desde New

York a Veracruz, para hostigar de inmediato a las naves españolas.

El arribo del bergantín *Guerrero* aminoró momentáneamente las necesidades navales que la nación demandaba, los ánimos estaban encendidos; al interior, grupos influyentes presionaban al gobierno para que la comunidad española, sin importar que tuvieran hijos mexicanos, abandonara el país; al exterior, España, herida en su orgullo, confiando en la superioridad de su flota, y en la cercanía del apostadero cubano, planeaba la reconquista de México.

El capitán Henry Porter, previendo los inminentes combates contra buques españoles, procedió al avituallamiento del *Guerrero*, completando su tripulación con marinos de los navíos mexicanos *Libertad* y *Congreso*. Cuentan que entre los nuevos marinos venían los hermanos Eulogio y Eulalio, de mediana estatura y pocas pulgas, cuarentones, morenos, bribones, con mirada de águila, curtidos por el sol, aficionados a la bebida, mujeriegos empedernidos, y tirados a los placeres mundanos, como atestiguaban los tatuajes de sus brazos.

El sábado 7 de febrero de 1824, momentos antes de que el *Guerrero* zarpara de Veracruz, el capitán Porter, auxiliado por su primo Dixon, inspeccionaron la nave, bajaron a los sollados, checando que el pañol estuviera repleto de municiones, subieron a la cubierta

revisando la veintena de cañones, luego pasaron revista a las guardias de babor y estribor, enviando a lo más selecto de su marinería al palo trinquete y al bauprés para realizar la maniobra de levar anclas, ordenándole a los dos hermanos aposentarse como serviolas en las cofas del palo mayor y el trinquete, para escudriñar el horizonte.

Fue suficiente singlar 24 horas, el domingo 8, Eulogio, acechando minuciosamente la superficie del mar, observó diminutos mástiles que poco a poco aumentaban su tamaño, de lo alto del trinquete alertó al comandante sobre la presencia de buques enemigos cercanos a la costa de Mariel. El capitán Porter y su primo Dixon, desde la toldilla distinguieron que el convoy mercante navegaba escoltado por los bergantines españoles *Marte* y *Amelia*; sólo era cuestión de tiempo para que se entablara el duelo de artillería. Eulogio y Eulalio, encaramados

en las cofas de los mástiles, no perdían de vista los movimientos de las naves españolas, los buques mercantes para evitar ser abordados, se desviaron a La Habana, pero los bergantines empezaron a alinearse para abrir fuego con los cañones de sus bandas.

El capitán Porter, al mirar la maniobra, supuso que los españoles, fieles a su teoría, abrirían fuego apuntando sus cañones a los dos tercios de los mástiles, casi a la altura de la cofa, para desarbolar el *Guerrero*, tratando de destruir aparejos y arboladura dificultando su maniobrabilidad; de pronto, más de cincuenta fogonazos se escucharon, recibiendo el *Guerrero* numerosos impactos en el velamen, las jarcias y la arboladura. Eulogio y Eulalio, se daban cuenta que al disparar las naves enemigas, las perchas del *Guerrero* gemían, viendo que se ponían rojizas y hasta sentían que vibraban como si se tratara de un hombre amarrado. Al verse en desventaja, el capitán Porter ordenó virar para intentar romper la línea española, pasando entre la popa del *Marte* y la proa del *Amelia*, por ser sus partes menos artilladas. Cuando se interpuso entre los bergantines españoles, todas las piezas del *Guerrero* dispararon causándoles severos daños; pero en el intercambio de fuegos, un disparo enemigo impactó de lleno el palo mayor del *Guerrero*, dejando un reguero de muertos y heridos; algunos artilleros, y el par de hermanos cascarrabias resultaron lesionados. Cuando el capitán evaluó los daños, decidió retirarse del combate para reparar averías.

Los bergantines españoles corrieron la misma suerte, debido a los estragos se refugiaron en La Habana. Para entonces, las autoridades españolas en Cuba, ya habían reaccionado ordenándole al capitán Melitón Pérez, que zarpara con la fragata *Libertad*,



Para reforzar a la escuadrilla mexicana, en 1824 se mandó construir el bergantín *Guerrero*, en el astillero del señor Henry Eckford, un escocés que gozaba de prestigio armando buques para diferentes marinas.

portando 54 cañones, para dar caza al bergantín mexicano. Al desplegar todo su velamen y ponerse a barlovento, en la tarde del martes 10 de febrero de 1824, cerca de la bahía de Mariel, la nave española interceptó al *Guerrero*. El capitán Porter, con la arboladura, jarcias y aparejos dañados, y llevando heridos a bordo, pretendió guarnecerse en Cayo Hueso, isla de la Florida, a 93 millas de Cuba, pero la fragata *Libertad* le dio alcance al día siguiente.

Al bergantín mexicano no le queda más que luchar o rendirse. Por acuerdo de los oficiales, eligieron la primera opción. Todos volvieron a sus puestos de combate. El alba del miércoles 11 de febrero, se iluminó con los flamazos de los dos navíos, pero el volumen de fuego de los 54 cañones españoles, pudo más que los 22 del *Guerrero*, y para colmo de males, en el pañol de municiones no quedaba una bala más; ante la nula respuesta del buque mexicano, la *Libertad* realizó varias descargas tirándole al casco, perforándolo y haciendo que el *Guerrero* se escorara. Frente al desolador panorama, Porter comprendió que la batalla estaba perdida, consultando a sus oficiales, tuvo que rendirse; mientras conferenciaban, otros disparos de la fragata golpearon al bergantín mexicano, una bala de cañón acabó con la vida del capitán Henry Porter, muriendo instantáneamente en su nave. Al terminar el combate, los españoles remolcaron el *Guerrero* hacia La Habana. El flamante bergantín construido por Erkfors, y pintado de negro, quedó convertido en oscura prisión.

Cuando en La Habana se rumoró de la captura del bergantín mexicano, muchas personas chismosas se apretujaron en el muelle esperando su arribo; los fisgonas querían mirar los daños de la batalla; pero en el tumulto, dos pizpiretas solteronas, muy emperifolladas y vistiendo escotadísimas blusas, esperaban ansiosas que los prisioneros bajaran por la escala, para tirarles el lazo de sus añejos encantos. Con las manos esposadas y los pies encadenados, primero descendieron los oficiales, y al final, el par de empedernidos mujeriegos. Las Marías, escabulléndose de los guardias, se acercaron repentinamente a Eulogio y Eulalio para darles de beber, mientras los prisioneros tomaban agua, las querendonas hermanitas les susurraron al oído proponiéndoles matrimonio y noches enteras de placer. Los dos marineros, agotados por la batalla y pensando en tener comida caliente, aceptaron el compromiso, diciéndoles a las veteranas tórtolas que en cuanto fueran liberados se convertirían en sus apetecidos pichones.

Al día siguiente, las felices mellizas, más provocativas que nunca, acudieron a visitarlos, llevándoles un poco de comida. Cuando se acercaron a los centinelas dándoles el nombre de sus prometidos, el guardia les contestó que Eulogio y Eulalio no estaban presos, ni habían estado a bordo, y que tampoco aparecían en la lista de la marinería mexicana, que de los únicos hermanos que se tenía noticia, eran dos esqueletos que colgaban de la percha del mastelero, cubiertos con taparrabos, calzando mocasines, y luciendo colorido penacho de plumas.

A 500 años de la llegada de los españoles a México (1519-1521)

XLI

Reaparece Monsaraz el rico

Ramón Moreno Rodríguez



Tacuba, o Tlacopan, como decían los antiguos mexicanos, era la tercera de las ciudades que con México y Texcoco había construido aquel poderoso imperio que hoy se encontraba asediado y en parte desmembrado. La nobleza y los guerreros de esta villa habían marchado a México para desde ahí presentar la resistencia contra los sitiadores; la gente del pueblo que no podía ir a la guerra huyó a refugiarse en los montes. Estaba, pues, vacío el lugar. Los españoles se establecieron en las casas reales y organizaron de inmediato partidas que fueran a revisar el estado de la calzada que comunicaba con el islote donde se asentaba México-Tenochtitlán. A diferencia de Texcoco, Tacuba está muy cerca de México; desde lo alto de sus pirámides se pueden ver claramente los templos de Tenochtitlán y el famoso mercado de Tlatelolco.

Maluenda forma parte de las cuadrillas que van a reparar las zanjias que los mexicanos han hecho sobre la calzada para impedir el paso de los caballos. En realidad no son ellos, los españoles, quienes arreglan el camino, sino sus aliados. Los peninsulares protegen a los indios amigos por si hay algún ataque sorpresivo de los mexicanos. Y en efecto, los hay, y no pocos. Inesperadamente se presentan decenas, centenares de canoas –acalpechtli– y desde uno y otro costado asaetan y apedrean a los advenedizos. Más de una vez, superados en número, los españoles y sus aliados han tenido que retroceder hasta la villa de Tlacopan y abandonar sus tareas.

Mayo está por concluir. El primero de junio iniciará el asedio final a la ciudad de México: unos invadirán la gran Tenochtitlán desde tres de las cinco calzadas; los más, desde los bergantines. Para ese día, ha ordenado Jorge de Alvarado, la calzada deberá estar reparada en su totalidad. La mañana del veintisiete de mayo o trece-viento de hueytozotli, Pedro de Maluenda se prepara para marchar con su cuadrilla a terminar tales trabajos. Deberán adentrarse un muy buen tramo y llegar hasta un islote donde se encuentra un caserío llamado Tlaxpana. Sale el vasculente de una cómoda casa de terrado que él y su esclavo se han apropiado. Se dirige a la plaza mayor, donde ya está el segundo de los Alvarado dispuesto a enfrentar los ataques sorpresivos de los mexicanos. De entre el grupo de españoles, más de veinte, uno se adelanta y va a recibir a Maluenda con los brazos abiertos: es Monsaraz el rico.

El vasculente se sorprende de verlo, pero a pesar de ello también sonríe. El otro lo abraza y le dice: ¡viejo amigo, jamás pensasteis encontrarme acá! Pedro dice, a fe mía que no lo imaginé. Bueno soy, y desde hace días riño a don Pedro de Alvarado para que me permita luchar junto a vosotros. Por fin ha acetado, y con esta ballesta que he comprado mataré los más indios que pueda, os juro

por la virgen del Pilar que os asombraréis de mi grande puntería.

De repente la charla se interrumpe, pues desde la pirámide descienden precipitadamente decenas de indios amigos gritando al arma, al arma. El revuelo distrae a todos, unos corren por sus armaduras, otros van a interrogar a los que descienden las escalinatas. Monsaraz no lo piensa más y dice a Maluenda, esperad, parece que ha llegado el momento que tanto deseaba, iré a ver de qué fuyen.

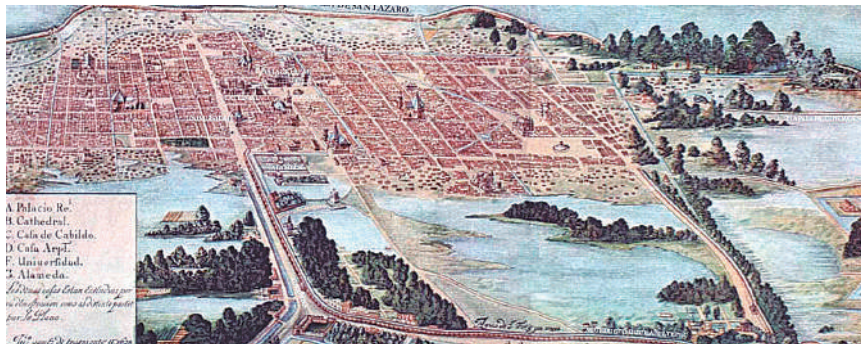
Maluenda le gritó, no vaya su merced, que puede ser peligroso, por algo escapan. Olvidaos, contestó el buboso, sano e libre e feliz de volver a la vida soy, por nada me detendré. Con dificultad, pero con prisa, ascendió los altos escalones de la pirámide, todavía un tlaxcalteca medio lo atropelló en su precipitado descenso. Apoyándose en las manos recuperó el equilibrio y continuó subiendo. Todavía dijo unas últimas palabras que Maluenda no escuchó: me esperad, que hoy os practicaré de cómo os haréis rico consiguiendo para mí el maravilloso guayacán.

Cuando por fin llegó a la superficie de la pirámide –que estaba despejada, pues el templo había sido destruido–, pudo ver del otro lado lo que hizo huir a los indios aliados. Ahí, muy cerca, en el agua, decenas y decenas, centenares de acalpechtli, rodeaban la villa. Monsaraz se puso pálido, volvió la vista hacia los suyos, que ya preparaban dos culebrinas para disparar a los mexicanos, aunque nadie intentó subir a la pirámide para desde ahí también repeler el ataque. Por unos segundos pensó que lo mejor sería tirarse al suelo, pero también se dijo que eso sería una gran deshonra, así que puso la primera flecha en el mecanismo de su ballesta, dispuesto a practicar, después de muchos años, su puntería.

Los mexicanos que estaban más cerca de la pirámide, al darse cuenta de que no había a nadie más a quién disparar, no esperaron las órdenes de los silbato y empezaron a lanzarle sus flechas, varas y piedras. Para cuando Monsaraz disparó su acerado proyectil, decenas de flechas y varas ya habían impactado en su cuerpo, otro tanto sucedió con las piedras. Una larga y gruesa vara lanzada con tiradardos se le alojó en la garganta. Con esa fue con la que más sufrió. Mientras trataba de quitársela trastabilló y rodó escaleras abajo. Mientras caía, convertido en un erizo humano, pensaba: y ahora, ¿qué será del obispo Garcés e de la bella ciudad de la Carolina? Sorprendido por los pensamientos que le venían a la mente se corrigió: ¡Dios mío, en qué acabará lo del guayacán!

**Doctor en literatura española. Imparte clases en la carrera de Letras Hispánicas en la UdeG, Cusur.*

ramonmr.mx@gmail.com



Originalmente llamada Tlacopan, que quiere decir “lugar de jarillas” debido a la abundancia de esta flor en la zona, la calzada de Tacuba es reconocida como la más antigua de América, ya que existen registros históricos donde se puede apreciar su funcionamiento desde épocas previas a la conquista española. En la actualidad conserva el mismo trayecto que hace cientos de años. (N. del E.)